

Muchos intelectuales que en la época vituperaban violentamente el texto constitucional, despotricaban contra la norma porque no se correspondía efectivamente con el país real, cayeron sin embargo bajo sus embrujos a la hora de concretar lo imaginado. Quienes intentan superar el racionalismo, quienes desean superar el Estado de derecho nacido bajo su influjo, no pueden encontrar otra fórmula que las del propio racionalismo liberal, *lasciate ogni speranza*.

El profesor Segovia destaca que no hay atajos para desmontar este orden político-jurídico alimentado por la legalidad constitucional y la práctica política concreta que de ella se desprende, no hay medidas fáciles, ni decisiones mágicas.

La raíz más profunda de la ideología es de orden religioso y por tanto hay que trabajar en esas altas regiones del espíritu para acometer tamaña empresa, para poder construir sobre piedra y no sobre tierra arenosa. La vitalidad de la ideología liberal se corresponde con el materialismo de esta cultura pos-cristiana y la visión inmanentista del mundo moderno.

Enhorabuena libros rigurosos como éste, que nos impulsan y nos comprometen a pensar la patria.

Horacio M. SÁNCHEZ DE LORIA

**Danilo Castellano, *Política. Claves de lectura*, Madrid, Dykinson, 2020, 156 pp.**

Inaugurando la colección *Res publica*, que dirige Miguel Ayuso, de la Universidad Pontificia Comillas, la editorial madrileña Dykinson nos entrega este nuevo libro del bien conocido filósofo y jurista italiano Danilo Castellano, que –más allá de la modestia del título– está enderezado a la comprensión de los más urgentes problemas políticos hodiernos y a proporcionar los instrumentos intelectuales para corregirlos. A lo largo de sus nueve breves capítulos, Castellano desentraña la raíz de tales problemas con la agudeza y la pericia de las que saben los lectores de su obra.

En este caso, las claves de la lectura de la política moderna, incluso (quizá, no incluso, sino perentoriamente) de la política

actual, consisten en la dialéctica contraposición del ser de las cosas bajo examen y del desvío y corrupción modernos que parecen confluir en el nihilismo voluntarista del racionalismo de la Modernidad y resultar en el voluntarismo nihilista moderno. Al menos es mi lectura y no un simple juego de palabras, como espero pueda captarse en esta reseña, que quiere ser fiel a los conceptos y las ideas del autor.

La causa inmediata que origina todas estas distorsiones es el hecho, fácilmente aprehensible por cualquiera, de las dificultades que tenemos para entendernos los hombres en estos días, especialmente en materias morales, jurídicas y políticas. Esa comunicación quebrada viene, como Castellano repite en varios lugares del libro, de una confusión lingüística que no es sino la manifestación de la anarquía de los conceptos: «la Babel lingüística es la epifanía de la Babel conceptual», esto es, la incomprensión proviene de que nuestras palabras no pueden sino expresar el desorden de los conceptos (o ideas) que hay en nuestro intelecto. Estamos en el reino de las ideologías que, nublando el saber humano, obstaculizan nuestra comunicación.

Se impone por lo mismo una tarea especulativa, de finalidad pedagógica, que sirva a la corrección de las acciones, es decir, a la *praxis*. Por ende, el libro se dirige primeramente a los hombres que se ocupan de la política, pero no sólo a ellos, porque todo hombre está llamado a conocer, como dijera el Estagirita. Hay que partir de la esencia de las cosas, pues ese conocer al que está invitado todo hombre es un convite que las cosas nos hacen, es un llamado del ser a nuestro entendimiento. No hay un atajo: si las palabras nos confunden, no basta el recurso sociológico de las definiciones operacionales, muy al estilo de Hobbes, Spinoza y los nominalistas modernos.

Nueve cuestiones «nodales», el término es del autor, cuya elección no es arbitraria, son consideradas en estas páginas, diría yo de manera incisiva y decisiva, pues son cuestiones que la Modernidad ha dejado abiertas, afirma Castellano, esto es, sin solución, y que sólo pueden ser conocidas (en sus aspectos especulativos y prácticos) enfrentado la filosofía clásica con la moderna, el orden natural del ser frente a la ideología de la política que impone el particularismo de las opciones interpretativas. Se trata



de conceptos claves de la política: la nación, el pueblo, el poder, el bien común, la subsidiaridad, la democracia, el transhumanismo, el terrorismo y el pluralismo.

Comenzando por la «nación», la pregunta es si ella puede servir de fuente de legitimidad del Estado y del derecho (cap. 1). Siguiendo el método propuesto, Castellano contesta que desde la Modernidad el término nación es altamente equívoco, ofreciéndose como sustituto del bien común, e interpretado cambiantemente. La primera lección concluye señalando que no hay legitimidad política sino por el fin y que la invocación de la soberanía nacional es una expresión del voluntarismo moderno. Lo mismo ocurre con el «pueblo» (cap. 2), que ya no es un concepto de un conjunto orgánico (parte u órgano de la comunidad política), político (que concurre a ella con los otros órganos) y jurídico (pues su condición es la justicia, el derecho). Así lo era en el pensamiento clásico; en cambio hoy se mezclan ciudadanía, soberanía, clase, individualismo y Estado en el intento de definir al pueblo. A resultas de ello, una segunda lección: el uso y abuso del término pueblo nada puede legitimar como no sea ese voluntarismo ya censurado.

De inmediato, el problema del «poder» (cap. 3), a resultas de la admonición paulina: no hay poder que de Dios no provenga (*Rom.* 13, 1), que le permite a Castellano repasar el modo como el poder en la Modernidad se ha desprendido de la autoridad, de la que era parte, es decir, se ha alejado de Dios su autor, para convertirse en desnuda *potestas*. Desasido de la autoridad y convertido en pura efectividad, este poder expresa de otra manera el nudo voluntarismo político, la voluntad de quien domina. Esta es la tercera lección. Lo mismo ocurre con el «bien común» (cap. 4), que de su comprensión clásica, especialmente la del Aquinate, ha devenido un término confuso y contradictorio, identificado ora con el bien público del Estado, ora con el bien privado de los individuos, cuando no en esa alambicada tesis (por subjetiva o sociológica, según el caso) del conjunto de condiciones para el desarrollo de las personas. En definitiva, he aquí una nueva lección: el bien común, no arraigado en la naturaleza del hombre y de la comunidad política, carece de significado real.

A propósito de la «subsidiariedad» (cap. 5), vuelve Castellano a mostrar cómo el concepto clásico ha ido deformándose

incluso en la doctrina social de la Iglesia, por lo que hoy sirve ya a la mera delegación de competencia de un superior que lo hace según su criterio, ya a la justicia social que sirve a los individuos o al propio Estado. La quinta lección se expone con las palabras del autor: «Lo que está ausente es la subsidiariedad como quehacer debido para ayudar a los hombres a alcanzar su fin natural, es decir, el bien común, y su salvación eterna, así como a favorecer que las sociedades naturales cumplan sus obligaciones, esto es, para ayudarlas a alcanzar sus finalidades» (p. 80).

El capítulo 6 considera la «democracia moderna», no la clásica sino la que resulta de la ideología de la Modernidad. Esta sección es clave porque en ella Castellano hace explícito lo que antes se adivinaba: la concepción clásica de la política, ciencia y arte del bien común dirigida por la prudencia. Quiero aquí resaltar la importancia de Aristóteles, que no es un pensador «chato» ni su política es «achata», como algún neo tomista ha sugerido en estos días, sino un observador realista de la política, de quien Santo Tomás toma el fundamento de una política natural y católica.

Frente a ésta, la democracia moderna nace en oposición al absolutismo del Estado para fundar el Estado sobre la base del consenso voluntarista. Ya no forma de gobierno sino fundamento del Estado, la democracia no puede sino ser totalitaria: dogmatismo en la cúspide, relativismo en las bases. El mejor ejemplo de ello es la politología norteamericana, a la que el autor presta atención desde hace años: la disolución de la política en el proceso cambiante de los intereses materiales que dominan al Estado o la burocracia, esto es, el autoritarismo tecnocrático (cuando no del *establishment*) de las democracias. Sexta lección: la democracia moderna se construye a contrapelo del orden político natural.

¿Por qué el transhumanismo (cap. 7)? Porque es un estadio del humanismo entendido como total emancipación humana (no otra es la mejora propuesta), responde Castellano, valiéndose de las nuevas tecnologías para una evolución autodirigida que superaría las condiciones biológicas humanas. Se entiende entonces las consecuencias políticas de esta ideología. El autor subraya que es una continuidad de la modernidad política: de la autodeterminación como soberanía del sujeto, del bien como libertad alcanzada por la ciencia (el cientismo liberal), del orden entendido



como el instrumento que permite el progreso (la maximización de la felicidad), etc. Séptima lección: la deriva transhumanista de la Modernidad es una radicalización del voluntarismo nihilista apalancado en la ciencia.

En cuanto al terrorismo (cap. 8), su tratamiento está justificado tanto por su actualidad como por la confusión conceptual que remata en prácticas contradictorias del antiterrorismo. La tarea que se impone Castellano consiste en esclarecer el problema a partir del concepto de terrorismo, porque alcanzado éste, se lo saca del terreno de lo opinable y se rectifican u ordenan las decisiones para combatirlo. Afirma nuestro autor que el terrorismo es un delito (injuria a los individuos) y un crimen (injuria a la comunidad) que se usa para cualquier fin, recurriendo a la violencia difundida con el propósito de imponer un poder ilegítimo y afirmar una voluntad arbitraria. Octava lección: las orientaciones conclusivas permiten establecer el derecho para castigar las acciones terroristas.

El capítulo 9 y final versa sobre «la pluralidad y el pluralismo» considerados en el marco de Europa entre la cultura *mitt-leuropea* y la cultura ilustrada. Desde ya que habiendo una gran confusión en el empleo de estos términos, la tarea asumida pasa substancialmente por fijar su concepto. Imposible aquí reproducir el fino examen de Castellano, pero posible, sí, sintetizarlo. *Mittleuropa* es el resto del Imperio habsbúrgico, resabio de la Cristiandad, fundado en el orden natural, una pluralidad de naciones enemigas de la Modernidad revolucionaria, ordenada a la vida buena. El pluralismo, en cambio, es la indiferencia liberal que lleva a la anarquía pública entendida como anarquía regulada, esto es, la autodeterminación que es nombre de la libertad negativa. Última lección: la pluralidad, que implica una unidad de autoridad y de fin, no es el pluralismo, que comporta el desquiciamiento de la convivencia en nombre de la autonomía moral y política, la soberanía subjetiva.

Al iniciar la recensión señalé dos virtudes del autor. Primero, «la agudeza», por esa su inteligencia que lo lleva siempre a encontrar las causas de los problemas estudiados con una rápida comprensión de lo que en ellos está en juego. Y además, «la pericia», porque su método dialéctico le permite ir de las esencias a las

apariencias, del ser al fenómeno, del fundamento a su expresión, las más de las veces deformada manifestación, como hemos constatado. Es la suya una aprehensión teórica del fondo último de las cosas, a partir del cual enhebra luego un ejercicio esclarecedor de las consecuencias resultantes del abandono de esa primaria y raigal esencia de las cosas, siguiendo el curso de la deformación. Alcanzado el «concepto» de las realidades estudiadas, puede Castellano emitir un «juicio» sobre ellas y así alcanzar la «verdad» acerca de la tarea intelectual que sirve (dada la naturaleza práctica de la política) a un *praxis* correcta o correctiva, según el caso.

En este nuevo libro estas bondades lucen en su esplendor, pues Castellano ha sido capaz de mostrarnos la esencia de los problemas, describir su despliegue y subrayar la impotencia de la moderna ideología política para resolverlos. Y nos ha mostrado que esto resulta de la renuncia al conocimiento del ser de la política. La solución entonces pasa por el abandono de la modernidad política.

No sé si los políticos y «administradores» van a leer este libro, tengo mis serias dudas (son modernos e ignorantes), pero no pierdo la esperanza. Es muy probable que lo lean muchos otros cuyo interés en el bien común no es un oficio profesional sino habitual caridad. Y éstos, repicando a toda hora, podrán algún día ser oídos por aquellos otros, sobre todo cuando ya no vean salida al desastre político actual. Así, tal vez, el deseo de Castellano (que es el nuestro) pueda colmarse. Porque esperamos la restauración de la *res publica christiana* por el esclarecimiento de las inteligencias y la rectificación de las voluntades.

Juan Fernando SEGOVIA

**Nicolás Trotta y Pablo Gentili (comp.), *América Latina. La democracia en la encrucijada. Edición en homenaje a la visita de la presidenta Dilma Rousseff a la Argentina, Buenos Aires, Página 12-CLACSO-October Ed.-Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo, 2016, 170 pp.***

Esto es antiguo, ya está viejo. Se homenajea a una presidenta del Brasil que ya no es tal, y no por haber salido limpia y sabia-

